



Edgardo Civallero

De compromisos ciertos y rebeldías falsas

**De compromisos ciertos
y rebeldías falsas**

Edgardo Civallo

El presente texto fue publicado, en cuatro partes consecutivas, por *Otlet. Revista para profesionales de información*, entre octubre de 2020 y marzo de 2021.

© Edgardo Civallero, 2020.

Distribuido como *pre-print* bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0

"Bibliotecario". <https://bibliotecario.org/>

De compromisos ciertos y rebeldías falsas

Parte I

El sistema nos vacía la memoria, o nos llena la memoria de basura, y así nos enseña a repetir la historia en lugar de hacerla.

Eduardo Galeano. "Divorcios". En *El Libro de los Abrazos*, 1989.

Para sustentar nuestra práctica laboral y profesional actual¹, inmersa en una realidad marcada por "crisis" de distintas categorías y un origen común, y para superar el creciente número de problemas e inconvenientes que tales "crisis" acarrearán y a los que irremediablemente tenemos que hacer frente a distintos niveles (como trabajadores, como profesionales, como ciudadanos, como miembros de una comunidad, como proveedores de un servicio), los bibliotecarios necesitamos un ideario, un marco teórico, unas estructuras, unos métodos y, en definitiva, unas respuestas que la bibliotecología —como disciplina académica— y las escuelas de

¹ Una práctica que no sólo incluye las tareas bibliotecarias más habituales sino también la toma de decisiones estratégicas y los posicionamientos públicos de la biblioteca, el diseño de políticas y servicios y, sobre todo, la relación con la comunidad de usuarios en general, el apoyo a sus iniciativas y la estructuración de respuestas adecuadas a sus reclamos, búsquedas, inquietudes y necesidades colectivas.

bibliotecología —como transmisoras y reproductoras oficiales de esa disciplina— pocas veces proporcionan².

¿El motivo? Dentro de las estructuras académicas y oficiales de la profesión, tales elementos no abundan: el desarrollo teórico / práctico y las políticas avanzan despacio y, por lo general, en direcciones que no siempre se acercan ni a lo urgente ni a lo verdaderamente importante³. Los bibliotecarios podremos contar con una extensa bibliografía, una batería de directrices reguladoras y declaraciones de buenas intenciones, complejas herramientas informáticas y digitales, congresos y comités en los que se repiten incansablemente los mantras de moda, ingentes cantidades de palabras escritas en todos los idiomas y, sobre todo, la neutralidad y la novedad / innovación por banderas. Pero, con todo, seguimos enfrentándonos a muchas de las dificultades cotidianas y a la práctica totalidad de los problemas teóricos, éticos e ideológicos que ya nos aquejaban hace diez, treinta o cincuenta años. Y, en gran

² "What they've learned in school does not have anything to do with social activity and participation. They conceive the library as a space closed to the exterior, a space to be ordered for the efficient and quick information flux. They conceive it as a department store, where everything they sell has been efficiently classified and tagged by tradition and authority, and therefore, does not show any ambiguity at all. They appear apathetic to social conflicts and political activity, and do not consider these issues as a context where public libraries are involved". Castillo, Ángel; Martínez, Carlos (2008). *Library Science in Mexico: A discipline in crisis. Progressive Librarian*, 31, p. 35.

³ Entendiéndose como parte de "lo verdaderamente importante" el exitoso cumplimiento de la misión básica de cualquier biblioteca: proporcionar un servicio que responda a las expectativas y necesidades de los usuarios (y no a las de un gobierno, un *lobby*, una empresa, una institución, una tendencia, unas estadísticas, una moda, etc.).

medida, seguimos desesperando ante ellos, huérfanos de soluciones, librados a lo que nuestro propio ingenio individual y nuestro sentido común y solidario colectivo tengan a bien ofrecernos.

Semejante panorama induce a sospechar que, a la hora de la verdad y a pie de calle, muchas de las cosas que se nos venden como "logros", "avances" o "herramientas" a disposición de toda la comunidad profesional parecen estar algo huecas y servir más bien para poco. La sospecha de que no somos más que gigantes con pies de barro se acentúa cuando los bibliotecarios (sobre todo los "de trinchera": populares, públicos, municipales, escolares, rurales...) asistimos a conferencias o clases, leemos artículos o libros de texto o participamos en seminarios o talleres bibliotecológicos esperando obtener al menos un puñado de ideas básicas (reales, reconocibles, inteligibles y aplicables) que nos ayuden a superar los escollos con los que batallamos a diario, y terminamos saliendo de esos eventos o dejando los escritos a un lado tan vacíos como llegamos a ellos, quizás un poco confundidos, frustrados y / o enfadados, a veces sintiendo que sabemos bastante más acerca de la realidad que los expertos y gurúes de turno, y preguntándonos si la pérdida de tiempo valió la pena (o para qué lo perdimos en primer lugar).

En sus desarrollos, estudios e investigaciones, la bibliotecología (la "ciencia que estudia las bibliotecas en todos sus aspectos") y la biblioteconomía (la "disciplina encargada de la conservación, organización y administración de las bibliotecas") parecen haberse conformado con un "qué es una biblioteca" algo genérico o superficial y, sobre todo, en un "cómo gestionarla" totalmente adaptado al actual modelo socio-económico

mercantilista / consumista hegemónico (el cual, en la práctica, suele convertir la pregunta anterior en "cómo explotar una biblioteca y extraer de ella la mayor cantidad de beneficios posibles, directos e indirectos").

No se han tratado en toda su profundidad y amplitud temas como "por qué y para qué existe una biblioteca" o "cuál es el significado y cuáles son los límites de nuestra labor", yendo más allá de las respuestas obvias. Tampoco suelen encararse asuntos como el "cómo gestionar la biblioteca... cuando no se disponen de todos los recursos que, idealmente, se deberían tener (lo cual ocurre casi siempre)" o "cómo interactuar con una comunidad de usuarios llena de problemas... y no lavarse las manos y evitar responsabilidades y compromisos en el intento". A decir verdad, todavía está por abordarse la pregunta inicial, "qué es una biblioteca", desde una perspectiva crítica y social.

Quizás porque no gustan de meterse en atolladeros o en campos que de seguro encontrarán llenos de espinas, bibliotecología y biblioteconomía han optado por seguir otros caminos (en la actualidad, una carrera hacia adelante priorizando los aspectos tecnológicos de la disciplina) y han dejado la respuesta a tales cuestiones —que han intentado minimizar y ningunear por todos los medios a su alcance— en manos de los pocos que deseen ocuparse de ellas. Ese rol ha sido asumido, por lo general, por corrientes de pensamiento y acción bibliotecarias (englobadas bajo el rótulo de "bibliotecología crítica", "social" o "progresista") que los puristas no se dignan siquiera a considerar como "bibliotecología" sino más bien como una mezcla difusa, heterogénea y algo pintoresca de teorías, métodos, compromisos y posiciones

"externas" a la disciplina. Una mezcla que suele provocar recelo (o rechazo) por su alto contenido político, filosófico y social, y por su forma de analizar críticamente la realidad, de comprometerse con ella y de intentar actuar en consecuencia.

Lecturas

Civallero, Edgardo (2004). ¿Peones o reyes? Algunos pensamientos en torno al rol del bibliotecario en el tablero de la "Sociedad de la Información". *Librinsula: La isla de los libros*, (37), 1-2. [En línea]. <https://www.aacademica.org/edgardo.civallero/81.pdf>

Civallero, Edgardo (2020). *Bibliotecas en los márgenes*. [En línea]. <https://www.aacademica.org/edgardo.civallero/307.pdf>

Lankes, D. (2014). *Radical conversations: Defining a library*. [En línea]. https://davidlankes.org/?page_id=6442

Mark Rosenzweig. Libraries at the end of history? *Progressive Librarian*, 2 (1990), pp. 2-8. [En línea]. <http://www.progressivelibrariansguild.org/PL/PL02/002.pdf>

Parte II

A diferencia de sus colegas en otros campos de la actividad social, el bibliotecario se muestra extrañamente desinteresado por los aspectos teóricos de su profesión. ... Apparently, the librarian is left alone in the simplicity of his pragmatism.

Lee Pierce Butler. En *An Introduction to Library Science*, 1933.

Es innegable que los bibliotecarios utilizamos continuamente las herramientas y los procesos diseñados por la bibliotecología y la biblioteconomía⁴ y transmitidos a través de las currículas de escuelas y facultades (aunque la mayor parte de las bibliotecas a lo largo y ancho del mundo trabajan sin muchos de ellos y, aún así, siguen funcionando y cumpliendo su misión y sus objetivos, a veces incluso de forma más comprometida con su realidad que las demás).

⁴ Sobre este punto hay mucho que discutir. ¿Hasta qué punto la bibliotecología construye categorías desde un punto de vista teórico, y hasta dónde los adquiere, prácticamente sin adaptación o análisis alguno, de otras disciplinas? Se ha señalado la necesidad de un mayor trabajo teórico y metodológico dentro de la bibliotecología, y el desarrollo de categorías propias, adaptadas a sus necesidades y realidades.

Igualmente innegable es que, así como empleamos esas herramientas y procesos, precisamos de una serie de elementos (tanto teóricos como empíricos) que actúen como base segura para nuestra labor: métodos, conceptos, valores, reflexiones y razonamientos que sirvan de brújula para situarnos en nuestro contexto personal, laboral, social y político local y global, y de punto de referencia para avanzar en todo momento pero, sobre todo, en tiempos inciertos. Sin embargo, tales elementos no siempre se encuentran con facilidad. Por exponerlo gráficamente, la práctica bibliotecológica actual se asemejaría a un edificio dotado de los más complejos avances, pero construido con unos cimientos débiles; el primer vendaval o el más ligero temblor de tierra convertirán a esa magnífica estructura en algo inservible o, cuanto menos, en algo severamente dañado, que no logrará cumplir sus funciones como se pretendía.

Curiosamente, la bibliotecología y la biblioteconomía no suelen (pre)ocuparse demasiado en el diseño y elaboración de esos cimientos que sí han sido incluidos en las reflexiones y propuestas de esa "bibliotecología crítica" o "social" tenida en tan poca consideración.

¿Cuántas veces, en escuelas de bibliotecarios, se habla de cómo reaccionar ante una persona desempleada que acude a la biblioteca a buscar soluciones? ¿O ante una que está a punto de perder su casa porque el banco la piensa desahuciar, o que debe revisar los contenedores de la basura si quiere comer? ¿Cuántas veces se explica qué hacer ante una estantería vacía de libros, unos presupuestos agotados, una demanda de lectura decreciente? ¿O ante un techo que se cae, una red informática que no sirve

y un depósito de libros empapado o comido por los insectos, a los que nadie pretende dar solución? ¿Sabrían cómo liderar a un equipo de trabajadores sin idea alguna de lo que es una biblioteca? ¿En alguna ocasión les dijeron cómo proceder si el gobierno los censura, si la autoridad los presiona o alguien pone en jaque sus derechos civiles o los de sus usuarios? ¿Mencionaron cómo involucrar a la comunidad en las actividades y servicios bibliotecarios (y no, no hablo de la "bibliotecología 2.0")? ¿Les informaron de que ser bibliotecario casi nunca es un idílico "estar entre libros", sino que hay mucho más, y que puede ser bastante duro y conllevar muchísimo esfuerzo y sacrificio personal? ¿Comentaron cómo manejar semejantes durezas? ¿Pronunciaron en alguna ocasión palabras como "compromiso", "solidaridad" o "responsabilidad"? Es más: sin irnos a cuestiones tan... "extremas"... ¿Sabrían como armar una biblioteca de la nada? ¿Cómo diseñar unos servicios desde cero teniendo en cuenta las necesidades de la comunidad? ¿Sabrían detectar esas necesidades? ¿Serían capaces de dar un buen servicio con el servicio de internet o de electricidad cortado por impago, o las computadoras estropeadas?

Esas situaciones son algunas —solo algunas— de las que conforman el pan de cada día de decenas de miles de bibliotecarios en todo el planeta. Y aunque revistas, blogs y congresos profesionales nos las vendan como "rarezas" o "límites que pocas veces se alcanzan", no lo son: son más habituales de lo que parecen. Si nos referimos a porcentajes, serían la mayoría, la norma. Basta recorrer un continente —digamos América del Sur— para encontrar usuarios de la biblioteca desplazados por un conflicto armado, golpeados por el hambre o una epidemia, aterrorizados ante unas expectativas de futuro que los hunden en el fondo de un pozo sin escaleras de salida.

O bibliotecas cayéndose a pedazos, o estirando las últimas monedas de sus fondos, o quedándose progresivamente sin personal y sin libros... O bibliotecarios tan desesperados como sus visitantes, porque además de profesionales con una responsabilidad son trabajadores a punto de perder sus empleos, ciudadanos con los derechos mermados y las libertades recortadas, padres con hijos que no son educados y abuelos que no son cuidados, y, en definitiva, seres humanos afectados por los mismos problemas que golpean al resto de su comunidad.

Puestos en semejantes encrucijadas, muchos bibliotecarios echan la desesperada vista atrás, a sus recientes o pasados años de formación o capacitación (si es que los tienen, lo cual no siempre es ni debe ser el caso), y rebobinan todo lo aprendido buscando infructuosamente alguna pista que les permita salir del brete. O revisan textos y libros sobre el arte y la ciencia de llevar adelante una unidad de información. Pero, entre tantas normas y reglas, técnicas e historias, no siempre encuentran referencias que les ayuden a lidiar con las situaciones a las que se enfrentan. No suelen hallar aunque sea un clavo ardiendo al que agarrarse.

De modo que no tienen más remedio que construir sus propias soluciones. A su medida. A su ritmo. Improvisando, si hace falta. O buscando inspiración en las experiencias de sus vecinos.

Hoy por hoy (aunque podríamos remontarnos a varias décadas atrás) la gran mayoría de los bibliotecarios nos vemos forzados a inventar nuestra práctica laboral y profesional día a día; a re-inventarla si es preciso, y a re-re-inventarla, si nos apuran.

Algunos son más imaginativos, otros no lo somos tanto. Pero lo hacemos lo mejor que podemos, porque otra no nos queda. Porque no podemos permitirnos el lujo de ser neutrales o indiferentes, o de quedarnos al margen, o de sentarnos a esperar un milagro, o de confiar en que algún Ministerio o el gurú bibliotecario de turno venga a salvarnos. Porque el mundo no se detiene a esperarnos y las crisis no nos perdonan, ni a nosotros, ni a nuestras bibliotecas, ni a nuestros usuarios. Y porque no nos educaron, entrenaron o formaron para hacerlo de otra manera.

Lecturas

Civallero, Edgardo (2006). Responsabilidad social del bibliotecario en América Latina: Un [fallido] intento de ensayo. *Biblios. Revista electrónica de Ciencias de la Información*, 7 (23), 1-8. [En línea].
<https://www.aacademica.org/edgardo.civallero/96.pdf>

Civallero, Edgardo (2013). Aproximación a la bibliotecología progresista. *El Profesional de la Información*, 22 (2), 155-162. [En línea].
<https://www.aacademica.org/edgardo.civallero/192.pdf>

Rosenzweig, Mark (2000). *Ten Point Program*. [En línea].
<http://progressivelibrariansguild.org/content/10-point.shtml>

Parte III

El tiempo me enseñó que con los años
se aprende menos de lo que se ignora (...)
El tiempo me enseñó que desconfiara
de lo que el mismo tiempo me ha enseñado.
Por eso a veces tengo la esperanza
que el tiempo pueda estar equivocado.

Tabaré Cardozo. "Lo que el tiempo me enseñó".

El tiempo me ha mostrado que, a pesar de todo y de todos, de los vientos de proa y de los palos en la rueda, los bibliotecarios y sus bibliotecas suelen salir adelante de las muchas situaciones conflictivas y complicadas a las que deben enfrentarse. A veces, con soluciones más que originales; otras, no tanto. Y, en general, con muchísimo sacrificio y esfuerzo.

He visto bibliotecas convertidas en comedores y centros culturales, y a otras editar sus propios libros caseros, hechos con cartones reciclados. Las he visto organizar rifas para recaudar fondos, o apoyarse en artistas locales para realizar conciertos, exposiciones o subastas con el mismo fin. Las he visto incorporar(se) a asociaciones comunitarias y ciudadanas para enriquecer sus actividades y ser más útiles a su gente, e involucrar a

sus usuarios (que no "clientes") en la reconstrucción de una pared o en la pintura de un techo. Las he visto salir a dar la cara por su comunidad en conflictos muy serios, y servir de refugio en tiempos difíciles. Las he visto alzarse como faros, y zambullirse en las trincheras de la resistencia ciudadana.

Nada de eso viene escrito en los manuales académicos, nada de eso está en las guías de acción y en las recomendaciones internacionales. De eso no se ha hablado, de eso no ha habido que preocuparse, porque al parecer eso no ha sido asunto de las bibliotecas (cosas de la famosa "neutralidad", o de esa "torre de marfil" tantas veces mencionada y pocas veces combatida). O porque se dice que pocas veces se llega a semejantes situaciones.

Hasta que se llega.

He visto bibliotecas que no se resignaron a morir y se convirtieron en una bolsa que viajaba de puerta en puerta o de escuela en escuela, del hombro de una bibliotecaria sin casa (y sin salario). He visto mil y una formas de salir al paso de las crisis, de enfrentar los inconvenientes y desafíos, de plantarles cara y, en muchos casos, de darles la vuelta y salir fortalecidos. Lo he visto en bibliotecas pequeñas. Y en bibliotecas muy grandes. Porque el tamaño, los grandes nombres y las importantes instituciones auspiciadoras no salvan a nadie de la caída. Pueden retrasarla, nomás.

Lo curioso del caso es que los bibliotecarios de hoy no hemos inventado nada nuevo. Basta con sentarse a hablar con algún colega entrado en años para oír toda clase de

historias de supervivencia: por ejemplo, anécdotas de fichas catalográficas escritas a mano en cartulinas recortadas de cajas de zapatos y de libros reparados con engrudo de harina y agua para que soportaran una lectura más... Ellos, a su vez, ya habían escuchado historias similares de sus predecesores (y aprendido sus lecciones). Todas esas experiencias nos muestran que, desde hace décadas, hay una enorme brecha entre la bibliotecología real y cotidiana y la que enseñan profesores, artículos, conferencias y libros. La bibliotecología académica, técnica y administrativa nos proporciona algunas herramientas (válidas y valiosas, por supuesto); lo demás, que suele ser lo más necesario, nos toca aprenderlo por nuestra cuenta y riesgo. O inventarlo, si aún no existe. O recibirlo de otros que ya lo hayan creado y probado, a través de canales "informales".

Llegados a este punto, surge la gran duda: si la bibliotecología, la biblioteconomía y demás disciplinas del conocimiento y el patrimonio nos enseñan poco de la práctica y la vida real de un bibliotecario, pues somos nosotros los que hacemos nuestro camino al andar, compartimos nuestras ideas y experiencias y desarrollamos nuevas posibilidades... ¿para qué nos sirven, tal y como están?

¿No sería tiempo de comenzar a cambiarlas, a deconstruirlas y reconstruirlas o, por lo menos, a debatirlas seriamente, a enriquecerlas, a torcerles el rumbo hacia otros horizontes? ¿No sería momento de poner en jaque determinadas posiciones y afirmaciones, de desafiar las definiciones actuales, de construir teoría y métodos desde nuestras propias perspectivas y experiencias, de volcar nuestros aprendizajes (éxitos y derrotas por igual) en estructuras más o menos sólidas y coherentes que

permitan que las generaciones venideras no se encuentren a sí mismas tan huérfanas de categorías e ideas cuando se ubiquen al frente de cualquier institución de gestión de saberes y memorias?

Por mucho sentido común que tales preguntas parezcan albergar, dudo que vayan a recibir algún tipo de respuesta en el futuro cercano. Detecto una rigidez empedernida en los esquemas actuales de nuestras disciplinas, amparada por ciertos academicismos especializados, por ciertos estatus que no se resignan a ceder su sitio... Y, por qué no decirlo, por ciertas tendencias ideológicas que prefieren persistir y refugiarse en un puñado de afirmaciones anquilosadas a abrirse a hechos que están ocurriendo a nuestro alrededor (incluso en nuestras propias manos): hechos que hablan a las claras de la necesidad de cambio, de la urgencia de re-pensar lo que hacemos y, sobre todo, de cómo, por qué y para qué lo hacemos.

A pesar de ello, de esta notoria falta de flexibilidad en nuestro pequeño gran universo profesional y académico, sé que hay corrientes de pensamiento y acción que se han puesto en movimiento. Muchas veces lo hacen en los que yo llamo "los márgenes", esa maravillosa e inspiradora red de caminos "al costado del mundo" en donde está permitido experimentar, caer y volverse a levantar una y mil veces, y crear perspectivas nuevas (o retomar las viejas con otra mirada, innovando). Creo firmemente que, en ese contexto, no estaría de más registrar, organizar, visibilizar y divulgar nuestras experiencias. Porque, al fin y al cabo, es la información que más necesitamos, la que más nos cuesta aprender y la que menos accesible está.

Nos toca saber, entonces, que más allá del siguiente manifiesto, de la próxima mesa de trabajo, de las futuras "recomendaciones para..." o del *top-ten* de herramientas digitales del mes que viene, nosotros tenemos mucho que hacer. Para aprender más de lo que ignoramos.

Y, como decía la canción, para no darle al tiempo la oportunidad de que pase en vano.

Lecturas

Civallero, Edgardo (2016). *La bibliotecología social está en la calle*. [En línea]. <https://www.aacademica.org/edgardo.civallero/137.pdf>

Lopera Lopera, Luis Hernando (2002). *Una ética bibliotecológica para afrontar los retos de nuestro tiempo*. [En línea]. http://eprints.rclis.org/5839/1/etica_bibliotecologica.pdf

Pateman, J.; Vincent, J. (2016). *Public libraries and social justice*. London: Routledge.

Roberto, K.; West, J. (eds.). (2003). *Revolting librarians redux: Radical librarians speak out*. Jefferson: McFarland & Co.

Parte IV

People's struggles against exclusion will continue — with or without public library services. Official public libraries can fulfill a new role as information providers to people's forces in their search for inclusion, provided there is a conscious decision on the part of information workers and decision-makers in local and central governments to support people's liberation struggles. A cultural revolution is needed for this to happen. How to become involved on the side of the people's struggle is the real challenge to information workers and local and central governments throughout the world.

Shiraz Durrani. Returning a stare: People's struggles for political and social inclusion. En *Progressive Librarian*, 2000.

Como profesionales y trabajadores del conocimiento y la memoria, asumimos un cúmulo de responsabilidades. Es menester, pues, que también asumamos compromisos. No sólo con la comunidad a la que servimos, sino (y, quizás, sobre todo) con lo que hacemos.

Propongo, pues, un compromiso posible.

Uno con una bibliotecología que ofrezca una formación integral y humanista, que enseñe a pensar de forma crítica e independiente (algo indispensable, pues los bibliotecarios seremos evaluadores de fuentes de conocimiento para terceros, y la información es uno de los elementos que soporta más sesgos), y que no esté orientada a un mercado, a una tecnología, a un modelo capitalista / neo-liberal o a una actividad tercerizada (aunque reconozca a todos ellos y, hasta donde sea necesario, los tenga en cuenta). Una formación —cualquiera sea su nivel: informal, terciaria, universitaria...— que se base en contenidos con cimientos sólidos, y no en textos huecos, en modas elitistas, en tecnologismos inservibles, en cuentos de viejas y cantos de sirenas...

Con una bibliotecología que ofrezca una organización cohesionada, defensora de los derechos —y vigilante de los deberes— de todos sus profesionales sin distinción alguna, que haga respetar sus capacidades y que provea oportunidades continuas de ampliación de la formación integral arriba mencionada (y no solamente la formación técnica o administrativa necesaria para obtener un puesto de trabajo determinado).

Con una bibliotecología que reconozca que el objetivo del trabajo interno en la biblioteca (diseño, estructuración, organización y difusión de los documentos) es responder a las necesidades de un usuario externo; que las técnicas, por ende, son un medio, no un fin en sí mismo, y que concentrarse en ellas sin tener en cuenta la función final que cumplirán o a quiénes van dirigidas (es decir, sin considerar que los servicios deben mejorar de cara hacia fuera) es un error auto-complaciente alentado, lamentablemente, por muchos gurúes modernos pertenecientes a ciertas "élites" con intereses creados (o ignorancias masivas que buscan ser cubiertas por sus

conocimientos en estas técnicas), que muchas veces fuerzan a los usuarios a tragar la última moda (sea cual sea) por el mero hecho de que es, precisamente, la última moda, dándole así de comer a un sistema absolutamente hueco y desequilibrado.

Con una bibliotecología que no alimente ese sistema ni haga caso de esas élites (preocupadas por sus propios intereses) ni de esos gurúes (preocupados por sus propios egos, sus propios *followers* y sus propias carreras académicas), sino que se ocupe de analizar las necesidades bibliotecarias y busque soluciones realistas a los problemas y desarrollos útiles, sustentables y a largo plazo.

“El compromiso es con una bibliotecología que ofrezca una formación integral y humanista, que enseñe a pensar de forma crítica e independiente”. | Imagen: Malia.

Con una bibliotecología que se ocupe de conocer bien a esos a quienes van dirigidos sus servicios. Ese mundo y esa comunidad son amplios, complejos, y llenos de facetas y de aristas. De su buen conocimiento dependerá un buen diagnóstico y, de allí, el éxito de la misión, las funciones, los objetivos, las actividades y servicios. Una magnífica biblioteca "último modelo" que no logre conectar con su comunidad es una magnífica biblioteca muerta. En este sentido, cabe remarcar que las estadísticas no son ni la comunidad ni sus problemas: son una representación muy esquemática (y, dependiendo de quién y de cómo se hayan hecho, muy sesgada) de la realidad. Pueden orientarnos en una etapa preliminar, pero no son ni pueden sustituir a la realidad; ésta debe ser conocida —de a poco, paso a paso— desde el interior, y no desde datos mínimos que supuestamente la resumen.

Con una bibliotecología que, para entender la comunidad a la que sirve y sus muchas realidades, establezca lazos con ella y le pregunte, le pida que cuente su historia y que identifique sus necesidades y sus problemas. No hay mejor fuente para un análisis que una historia narrada en primera persona, o una información recogida de primera mano. La creación y el diseño de los servicios bibliotecarios deben basarse precisamente en esas historias y esas informaciones, esas características y esas necesidades; no en las que vengan impuestas por las autoridades, las élites, los gurúes o las modas. Es necesario asumir que muchas declaraciones, lineamientos, políticas y guías de trabajo que hoy en día dirigen y marcan el diseño de servicios bibliotecarios han sido escritos por personas totalmente desconectadas de la realidad y, en ocasiones, sin experiencia alguna en los temas sobre los que escriben (los motivos por los que esas personas se suman a comités, mesas redondas y grupos de trabajo serían largos de describir). Si las políticas se ríen del sentido común, no merecen respeto; si coinciden con el sentido común de cualquier bibliotecario, no son necesarias (no se precisa una "política" para "oficializar" lo que dicta el sentido común general); sólo resultan útiles si aportan algo nuevo.

Con una bibliotecología que, a la hora de construir y desarrollar servicios y actividades, lo haga desde una posición activa y comprometida con la realidad local, regional, nacional y global, tanto a nivel cultural y educativo como social, ambiental, económico y político.

Propongo, entonces, un compromiso con esta forma de hacer bibliotecología.

Hay otras.

Pero siendo la biblioteca el depósito de las acciones y los saberes de todas las generaciones anteriores, y teniendo el poder de cambiar las cosas o, al menos, de apoyar los procesos de cambio para mejor, sería razonable vincularse con una forma que, precisamente, acompañe esa visión.

El camino queda propuesto. Ahora es tiempo de caminarlo.

Lecturas

Civallero, Edgardo (2012). *Contra la 'virtud' de asentir está el 'vicio' de pensar: Reflexiones desde una bibliotecología crítica.* [En línea]. <https://www.aacademica.org/edgardo.civallero/95.pdf>

Iverson, Sandy (1998/99). Librarian and resistance. *Progressive Librarian*, 15, pp. 14-19. [En línea]. <http://www.progressivelibrariansguild.org/PL/PL15/014.pdf>

Lankes, R. David (2011). *The Atlas of New Librarianship*. Chicago: The MIT Press/ACRL.

Morrone, M. (ed.). (2014). *Informed agitation: Library and information skills in social justice movements and beyond*. Sacramento: Library Juice Press.

